

Dos Discursos Trascendentales
Sobre Política Exterior

Two Momentous Speeches
On Foreign Policy

(Textos en Español y en Inglés)

(Spanish and English Texts)

Ciudad Trujillo,
República Dominicana
1954





**Biblioteca
Nacional**

**PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA**

EXLIBRIS



Carlos Lamezabal Blosis

COLECCIÓN



Dos Discursos Trascendentales
Sobre Política Exterior

Two Momentous Speeches
On Foreign Policy

(Textos en Español y en Inglés)
(Spanish and English Texts)

Ciudad Trujillo,
República Dominicana
1954

BIBLIOTECA DE LA
UNIVERSIDAD DE SANTO DOMINGO
CIUDAD TRUJILLO, R. D.
CAN-5





En el presente folleto se reproducen los textos de dos trascendentales discursos sobre política exterior: uno pronunciado por Su Excelencia el Embajador de México en la República Dominicana, Dr. Francisco Del Río Cañedo; el otro pronunciado por Su Excelencia el Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la República Dominicana y Jefe de la Delegación de su país en las Naciones Unidas.

Ambos discursos fueron pronunciados en el banquete ofrecido por Su Excelencia el Embajador de México en honor de Sus Excelencias el Presidente de la República Dominicana y el Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo, el 16 de Septiembre de 1954, en el Hotel Hamaca, Boca Chica, República Dominicana.

016035

DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL
EMBAJADOR DE MEXICO
DR. FRANCISCO DEL RIO CAÑEDO:

Excelentísimo Señor Presidente de la República,
Excelentísimo Generalísimo Doctor
Rafael Leonidas Trujillo Molina,
Excelentísimos señores Embajadores
y Secretarios de Estado,
Señoras y señores:

Permitidme expresar públicamente a los Excelentísimos Señores Presidente de la República y al Benefactor de la Patria mi sincero agradecimiento por el honor que han dispensado a la Embajada de México al haber aceptado este homenaje en la sede temporal de su Misión a orillas del embrujador Caribe, y que a nombre del Gobierno de mi Patria les ofrecemos con tanta simpatía y afecto.

Fué a principios del Siglo pasado cuando los pueblos de la América Ibera, ansiando liberarse de sus conquistadores, se lanzaron a pelear por su independencia política desde el Bravo hasta la Pa-

tagonia. Los mexicanos respondieron de inmediato en 1810, llenos de fe y entusiasmo al llamado que el Padre Hidalgo les hiciera en el pequeño pueblecillo de Dolores, y después de cruentas y dolorosas jornadas vieron coronado su sacrificio con el triunfo de los ideales libertarios que los llevaron a la lucha.

Si ayer, Ibero América unida por la raza del Quijote que fundió los espíritus de sus pueblos en la religión y en la lengua, supo vibrar al unísono por la necesidad común de liberación y responder gallardamente cuando, como centellas deslumbrantes surcaron por los cielos del Continente los ideales de Hidalgo y Bolívar, San Martín y Morazán, O'Higgins, Artigas y Martí, Duarte, Mella y Sánchez, anunciando a nuestras Patrias días mejores, hoy, cuando el mundo se debate en horas de tinieblas sintiéndose amenazado por ideologías extrañas a nuestras nacionalidades y tradiciones, la gran Patria Americana, desde el Canadá hasta la Argentina, continúa siendo UNA, confiada en su futuro, segura de que los ideales democráticos que con tantas lágrimas ha conquistado son invulnerables, y su UNIDAD basada en el espíritu de fraternidad continental tiene la solidez de sus montañas que besan al cielo y hablan con Dios. Por eso se yergue altiva y cierta de su fuerza, y está lista, como un solo hombre, a preservar sus conquistas.

Nosotros los americanos no aceptamos que existan pueblos poderosos y Patrias más fuertes que las nuestras. Dentro del Derecho somos iguales. Respetamos la libre expresión de todas las naciones, consecuentes con el principio de Juárez como base

del sostenimiento de la paz y la interdependencia en la vida de los demás países, pero, repito, si en cualquier momento la libertad de América es atacada por algún enemigo, estaremos listos a defender sus ideales con nuestras propias vidas.

Conozco bien el calvario que Quisqueya, al igual que mi Patria, ha tenido que recorrer para llegar a ser lo que es hoy. A través de los siglos ha sufrido las mismas vicisitudes, ya viendo a su brava raza combatida y diezmada por el conquistador, ya hollado su suelo por el invasor que hizo flotar su bandera en su limpio cielo, ya tiñendo sus campos con la sangre hermana en sus luchas intestinas. Y si como estas calamidades no hubieran sido suficientes para destrozar estas hermosas tierras, hace 24 años los elementos de la naturaleza se confabularon para destruir Santo Domingo.

En plena tragedia, en 1930, surgió el milagro encarnado en la recia figura de un patriota resuelto, de un visionario que imbuído con la mística de los Trinitarios tomó las riendas del Gobierno. y con su extraordinaria decisión que es paradigma en el mundo, se dió a la tarea de reconstruir su Patria realizando desde el Poder la obra revolucionaria estupenda al crear, como arquitecto magnífico, la nueva República Dominicana.

La obra de usted, Generalísimo, ha abarcado por igual tanto los campos de la ciencia y la educación pública creando la Ciudad Universitaria, como las construcciones materiales abriendo caminos que cruzan el país en todos sus ejes, haciendo obras de irrigación y electrificación, dragando puertos, etc., y su triunfo ha traído paz a las almas y felici-

dad económica a sus conciudadanos, quienes justamente lo titulan **EL BENEFACTOR DE LA PATRIA**.

La inquietud de Su Excelencia y su espíritu visionario no se limitan solamente a trabajar en beneficio del país, sino que cuando muchos comenzaban a olvidarse en nuestro Hemisferio de pensar en Jesucristo y rezar en español, Su Excelencia dió primero que nadie la voz de alarma frente al peligro que se cernía sobre América y llamó a la unidad continental para mantener íntegros sus ideales, por lo que os habéis ganado el justo título de **HOMBRE DE AMERICA**.

México había adivinado desde 1935 lo que Su Excelencia haría y sería, por eso desde entonces lo distinguió colocando sobre su pecho el Gran Collar del Aguila Azteca, presea que es el máximo honor que mi Patria concede y que lleváis con tanta prestancia y cariño para nosotros.

Ha tocado en suerte a la República Dominicana que otro gran estadista continúe el desarrollo de la obra del Generalísimo Trujillo, el Excelentísimo Señor Presidente Héctor B. Trujillo Molina, su discípulo predilecto, quien sigue engrandeciendo moral y materialmente este país predestinado. Su labor mantiene el ritmo de la vida democrática actual colaborando dentro de los organismos internacionales en beneficio del Universo y muy especialmente de los pueblos del Hemisferio Occidental. Los Dominicanos deben sentirse orgullosos —y nosotros nos sentimos partícipes de su alegría— de tener como Primer Mandatario a este modelo de caballero y de patriota.

Por eso escogí esta fecha en la que México celebra su CXLIV Aniversario de su Independencia Nacional, para brindar a ustedes, Excelentísimos Señores Presidente de la República y Generalísimo Trujillo, este homenaje de cariño, simpatía y respeto que tan merecidamente os habéis ganado.

Yo os invito, señoras y señores, a levantar nuestras copas para brindar por la felicidad de la República Dominicana, por los Excelentísimos Señores Presidente de la República y el Benefactor de la Patria, y por México y su digno Presidente don Adolfo Ruiz Cortines.

Ciudad Trujillo, R. D.,
16 de septiembre de 1954.

DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL
GENERALISIMO DOCTOR
RAFAEL L. TRUJILLO:

Señor Embajador:

Recibo el homenaje que me ofrecéis como un tributo rendido, en mi persona y en la del Señor Presidente de la República, al pueblo cuyos destinos me ha tocado encauzar en momentos de especial significación en la historia americana.

Sean mis primeras palabras, como lo han sido las vuestras, para exaltar el papel que le corresponde asumir a América en el tremendo conflicto a que se halla afrontada la humanidad contemporánea. Nuestro continente representa la esperanza del mundo. Los hombres de todos los confines de la tierra vuelven la vista hacia América con la firme creencia de que aquí se gestará una nueva cultura y florecerá la nueva era con que han soñado en todas las épocas los apóstoles de la confraternidad humana.

La tradición política y jurídica de nuestros pueblos, y el hecho de que cada uno de ellos cuen-

te todavía con inmensas reservas naturales, susceptibles de ofrecerse al progreso como un campo de posibilidades inagotables, justifican esa fe del hombre en el futuro del continente americano. En menos de dos siglos de vida independiente, lapso insignificante en la vida de un hemisferio, se han desarrollado en América naciones de tan inmensa pujanza como el Brasil, de tan sólida prosperidad como la de Argentina, de tan sorprendente vigor social y económico como México, tierra privilegiada que ofrece el singular contraste de fundir en su seno la cultura europea con la indígena, y que ha sabido asimilarse el genio de otras civilizaciones sin perder el sello característico de su fisonomía poderosamente autóctona.

Los mismos avatares de la historia, superiores muchas veces a la voluntad del hombre, han querido que sobre América gravite el destino del mundo y que en las manos de uno de sus pueblos descansa hoy la dirección de los acontecimientos mundiales. Miles de años se necesitaron para que Grecia, culminación de un largo proceso en la historia de las civilizaciones anteriores a la Era Cristiana, asumiera la hegemonía espiritual del mundo antiguo, y otro tanto fué preciso para que Roma proyectara la sombra milenaria de su imperio sobre toda la extensión de la tierra entonces conocida. Los Estados Unidos de Norteamérica, por el contrario, se han convertido en el meridiano político de la tierra al cabo de poco más de cuatro siglos de haber sido incorporado nuestro continente a la humanidad civilizada. Sólo América ha tenido ese privilegio en la historia, desde que el hombre salió

de la Edad de Piedra hasta que alboreó sobre su frente el sol inextinguible de la verdad cristiana.

Pero por el hecho mismo de que constituímos un continente destinado a servir de crisol a la unión de todas las razas y de todas las culturas, por el hecho de que somos el inmenso estuario creado por Dios para que en su seno fructifique la paz y se regenere espiritual y materialmente el mundo, tenemos el deber irrenunciable de oponernos a las fuerzas que se han conjurado sobre la humanidad para destruir todo lo que en ella parece expresión de la justicia eterna y reflejo inmanente de la magnificencia divina.

Para que América, señalada ya por el mundo entero como el continente de la esperanza, preste a la civilización el inapreciable servicio de detener la barbarie comunista, es menester que ofrezca un frente unido y que todos sus pueblos de origen hispánico se agrupen alrededor de lo que hay en ellos de común y de imperecerero: la estirpe, expresión indestructible de la unidad americana. En nuestra asociación íntima con España, fuente de donde brotan las energías espirituales y el vigor inexhausto que nos permitirían constituir un bloque invulnerable a toda infiltración foránea, reside no sólo nuestra propia salvación sino también, en parte esencialísima, la de todo el Occidente cristiano. De ahí la necesidad de que no haya en ese frente fisuras por donde pueda filtrarse el comunismo, y de ahí también el deber que tenemos de eliminar todas las diferencias que puedan existir entre nuestros países y la Madre Patria, como consecuencia de discrepancias ideológicas o de situaciones forzosamente pasajeras.

España, reforzada moralmente por los pueblos que son sangre de su sangre y espíritu de su espíritu, sería un puntal decisivo en la defensa del mundo libre. Cuando no fuera suficiente para ello el valor ya legendario de ese pueblo de héroes y de conquistadores, lo sería por su sólida unidad nacional, tan ventajosa como su misma posición estratégica en el Mediterráneo, que le permite oponer un solo frente a las huestes de los enemigos de Dios y de la civilización cristiana.

Desde los propios países cristianizados por la Madre Patria, del seno de los mismos pueblos en que ella volcó sin tasa los tesoros de su cultura milenaria, se han elevado a menudo voces de ingratitud y se han asumido actitudes de injustificable inconsecuencia contra España. Con frecuencia se olvida lo que representó para la Madre Patria, en desgastes y en sacrificios de todo género, la enorme misión de evangelizar un continente y de extender sobre territorios cubiertos de selvas inmensas que abarcan una parte considerable de la superficie terrestre, no sólo la cruz de Cristo, sino también todo lo que pudo dar de sí, en progreso moral y material, una nación que en el momento en que se efectuó el descubrimiento acababa de consumir con los Reyes Católicos la costosa empresa de reconstruir su unidad tras ochocientos años de lucha frente a pueblos de distinta fe y de diversa raza.

Todavía se olvidara la deuda de gratitud que tienen estos pueblos hacia un país que realizó tales prodigios para establecer los cimientos en que hoy descansan las naciones americanas de origen hispánico, le quedaría a España para merecer nuestra

admiración y nuestro respeto la grandeza de su obra que no tiene paralelos en la historia. La nación incomparable que dilató, en pleno Renacimiento, los límites del mundo, la que dió vida en las páginas del Quijote a algunas de las más hermosas ficciones de la literatura universal, la que trajo, en fin, a América la civilización cristiana, fué también la que enriqueció el patrimonio espiritual de la humanidad creando el derecho de gentes, la magnífica legislación de Indias, génesis del derecho social, y la filosofía del lenguaje, y la que asombró a Europa reformando el método en teología y extendiendo con Luis Vives las fronteras del pensamiento humano.

Sagrada es, pues, la tierra de España, y por eso la visité con unción, y me sentí poseído de un respeto casi religioso cuando oí el rumor de sus ríos, cuando contemplé por primera vez su cielo y cuando observé la pátina de los siglos en los muros de sus templos varias veces seculares.

Pero a todas las emociones que en un hombre de América despierta naturalmente la tierra de sus antepasados, se sobrepuso en mi ánimo la impresión terriblemente conmovedora de los estragos todavía visibles que señalan el paso por aquel gran país del vandalismo comunista. Ante el espectáculo de las ciudades castigadas, de los templos saqueados por las hordas sin Dios, de las imágenes trucas que aún conservan las huellas del sacrilegio abominable, de la saña con que fué allí barrido y profanado lo que hay en los pueblos de más digno de acatamiento y reverencia, quedó en mi corazón, juntamente con el sentimiento de la simpatía a que



es merecedor el martirio de aquel pueblo sublime, la visión de lo que sería el mundo si sobre él se alzaran un día las hachas exterminadoras y las teas incendiarias del materialismo triunfante.

¿Cómo es posible concebir que los propios hijos de España se asociaran con el comunismo de Moscú y con sus Brigadas Internacionales para herir en lo más profundo de sus entrañas a la Madre Patria?

Mi fe en los destinos de la civilización a que Jesucristo ha dado su nombre, mi confianza en la perdurabilidad del espíritu y en los fueros intangibles de la razón y de la conciencia; mi fe, en una palabra, en todo lo que representan los veinte siglos que señalan el paso del Hijo de Dios sobre la tierra, ha salido fortalecida después de haber visto en España con mis propios ojos de lo que es capaz el ateísmo contemporáneo. La guerra contra semejante enemigo, armado de un poder satánico sin precedentes en los anales de la humanidad, requiere que los pueblos del mundo libre utilicen para su propia preservación no sólo todos sus recursos materiales sino también todas aquellas defensas de orden moral que sean capaces de contribuir a fortalecer en ellos la conciencia de que la historia obedece a un destino superior que rige inexorablemente el curso de los acontecimientos universales.

El Concordato que tuve el honor de suscribir recientemente en Roma, no responde solamente a mis convicciones de gobernante cuidadoso de la preservación de su pueblo y de la salud espiritual de sus conciudadanos. En el fondo de ese instrumento, destinado a robustecer la unidad del país en torno

a sus tradiciones religiosas, existe también el propósito de contribuir al triunfo de la causa de los pueblos que disputan hoy al materialismo la hegemonía del mundo. Si todos los gobiernos de América siguen el ejemplo de la República Dominicana, y se deciden a reforzar por medio de pactos similares la acción de la Iglesia Católica en cada uno de nuestros pueblos, el comunismo terminará por renunciar a la conquista de nuestras sociedades cristianas. Nada hay más poderoso que la fe, y los pueblos que confiesan a Cristo y purifican su corazón en las claridades de la verdad cristiana, son pueblos llamados a perdurar invencibles en la sucesión de los tiempos.

Al agradeceros, Excelentísimo Señor Embajador, tanto en mi propio nombre como en el del Señor Presidente de la República el homenaje que nos ofrecéis en la memorable ocasión en que México celebra el 144^o aniversario de su gesta emancipadora, me complace brindar por la creciente prosperidad de la gran nación mexicana, por la ventura personal del Excelentísimo Presidente Ruiz Cortines, por vuestra dicha y la de la Excelentísima Señora de Del Río Cañedo, y por la salud y el bienestar del Sumo Pontífice Pío XII, representado aquí por el Reverendísimo Nuncio Apostólico, así como por la ventura de todos los Excelentísimos Jefes de Misiones que asisten a este acto y que ostentan en él la representación de las principales naciones del mundo libre.

This brochure contains the text of two momentous speeches on foreign policy: one made by His Excellency the Ambassador of Mexico in the Dominican Republic, Dr. Francisco Del Río Cañedo; the other delivered by His Excellency Generalissimo Dr. Rafael L. Trujillo, Commander in Chief of the Armed Forces of the Dominican Republic and Head of that country's Delegation to the United Nations.

Both addresses were delivered at a banquet given by His Excellency the Mexican Ambassador in honor of Their Excellencies the President of the Dominican Republic and Generalissimo Dr. Rafael L. Trujillo, on September 16, 1954 at the Hotel Hamaca, Boca Chica, Dominican Republic.

ADDRESS BY HIS EXCELLENCY THE
AMBASSADOR OF MEXICO
DR. FRANCISCO DEL RIO CAÑEDO:

Your Excellency
The President of the Republic,
Your Excellency
Generalissimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina,
Your Excellencies
The Ambassadors and Secretaries of State,
Ladies and Gentlemen:

Allow me to express publicly to the their Excellencies the President of the Republic and the Benefactor of the Country my sincere recognition for the honor they have conferred upon the Mexican Embassy on accepting this demonstration at the temporary headquarters of the Embassy on the shores of the enchanting Caribbean Sea, which we offer to them as a token of friendship and affection on behalf of my Government.

It was in the beginning of the past century that the people of Spanish America, anxious to

free themselves from their conquerors, launched their fight for independence from the Rio Bravo to Patagonia. In 1810 the Mexicans, filled with faith and enthusiasm, responded at once to Father Hidalgo's call at the little town of Dolores and, after many a hard and painful experience, saw their efforts crowned with success as their fight for freedom triumphed.

While yesterday the peoples of Spanish America, united under the race of Don Quixote in religion and language, fought to a man for the common freedom and gallantly responded to the ideals of Hidalgo and Bolívar, San Martín and Morazán, O'Higgins, Artigas, Martí, Duarte, Sánchez and Mella, today, when the world struggles in dark hours against strange credos, the great family of American Nations, from Canada to Argentine, continues to be as one compact nation sure of its future, sure that the democratic ideals it has so painfully conquered are impregnable and that its unity, based on hemispheric brotherliness is as solid as their mountains, which caress the sky and commune with God. That is why this great family of nations is proud and certain of its strength and stands ready to preserve its achievements.

We the peoples of the Americas will not stand for the existence of peoples and nations stronger and more powerful than ourselves. We stand as equals before the law. We respect the free rights of every nation, in accordance with Juárez principle as the basis for the maintenance of peace and interdependence among nations. However, if America's li-

berty is ever threatened by an enemy, we will be ready to defend our ideals with our own lives.

I am well aware of the hardships and sufferings which this nation, like my own country, has had to endure in order to become what it is today. They have suffered the same vicissitudes through history, now seeing their people attacked and routed by conquerors that raised their flags in their clear skies, now seeing their land covered with brotherly blood in their civil wars. And as if these calamities suffered by this beautiful land had not been enough, twenty-four years ago a hurricane destroyed the city of Santo Domingo.

In 1930, amid tragedy, a miracle happened: a determined patriot, an idealist imbued with the faith of the Trinitarians, took the helm of government and with extraordinary determination — which is an example to the world— undertook to rebuild his country and did a magnificent job, as a great architect, in creating the new Dominican Republic.

Your work, Generalissimo Trujillo, has covered both the field of science and education through the establishment of the University city and the field of material achievements through the building of roads that criss-cross the country, irrigation canals, electrification projects, ports, etc. Your successful work has brought peace and economic security to your people, who justly call you the Benefactor of the Country.

Your Excellency's work and far-reaching sight are not limited to your own country; when many people in the hemisphere were beginning to

forget both Jesus Christ and how to pray in Spanish, Your Excellency was first in raising a cry of alarm against the danger that engulfed America and urging hemispheric unity in order to preserve its ideals. That is why you have justly earned the title of Man of America.

Mexico foresaw as early as 1935 what your Excellency was to be and do and it awarded you the decoration of the Gran Collar del Aguila Azteca (Grand Cord of the Aztec Eagle), which you wear with so much distinction and with so much affection for Mexico.

The Dominican Republic has been fortunate enough to have another great statesman carry on the work of Generalissimo Trujillo —His Excellency Héctor B. Trujillo Molina, President of the Republic, who is continuing the great job of material and moral advancement in this chosen land. His work keeps pace with modern democratic practice; his policy is one of cooperation in the international agencies for the benefit of the whole world and particularly the Western Hemisphere. Dominicans should feel proud —and we share their happiness— to have as Chief Executive this man who is a model for gentlemen as well as patriots.

That is why I selected this date on which México celebrates the 144th anniversary of its National Independence to pay tribute to you both, Your Excellencies the President of the Republic and Generalissimo Trujillo, as a token of the affection, friendship and respect you have so worthily earned.

May I invite you, ladies and gentlemen, to raise your glasses to toast to the Dominican Republic's happiness, to their Excellencies the President of the Republic and the Benefactor of the Country, to México and to its worthy President, don Adolfo Ruiz Cortines.

Ciudad Trujillo, Dominican Republic,
September 16, 1954.

ADDRESS BY HIS EXCELLENCY
GENERALISSIMO DR.
RAFAEL L. TRUJILLO:

Mr. Ambassador:

I receive this demonstration as a tribute paid through me and the President of the Republic to the people whose destinies I have been called upon to guide during particularly significant times in the history of the Americas.

First, as you yourself have done, let me ponder the role America is to play in the tremendous conflict facing the world today.

Our hemisphere represents hope for humanity. Men from all parts of the earth look to America with the firm belief that here will be born a new culture and here will flourish the new era of which the apostles of human brotherhood have dreamed all through history.

The political and juridical tradition of our peoples and the fact that each one of them still has huge natural reserves which can serve the cause of

progress through inexhaustible possibilities, fully justify man's faith in the future of the American continent. In less than two centuries of independent life—an insignificant period in the long history of a continent—America has witnessed the growth of nations so powerful as Brazil, so prosperous as Argentine and so strong socially and economically as México, a privileged land presenting the unique contrast of having a mixture of the European and indigenous cultures, a land that has been able to assimilate the spirit of other civilizations without losing its characteristic and powerfully autochthonous features.

The vicissitudes of history, often beyond the will and power of men, have placed upon the Americas the future of the world, with one American nation leading world affairs. Thousands of years were required for Greece—which was the culmination of a long process in the history of civilizations prior to the advent of the Christian Era—to assume the spiritual leadership of the ancient world. Similarly, many years passed before Rome was able to cast the shadow of its empire over the entire world known at that time. Yet the United States of America have become the political center of the earth in little less than four centuries after our hemisphere became a part of the civilized world. Only America has had that privilege in history from the Stone Age to the glorious advent of the Christian dogma.

But because of the very fact that ours is a continent destined to be the melting pot of all races and cultures and that we were chosen by God to

be the field where peace was to bear fruit and the world was to regenerate itself spiritually and physically, it is our imperative duty to oppose the forces that threaten to destroy all that stands for eternal justice and as an expression of divine greatness.

If America, to which the whole world looks as the continent of hope, is to render to humanity the invaluable service of stopping the Communist savagery, it is necessary that it put up a united front and that all the American nations of Spanish origin bind themselves to their common and everlasting patrimony: their heritage, which is an indestructible expression of American unity. In our close association with Spain, a source from which springs the spiritual strength that will enable us to form a solid block safe from all alien infiltration, lies the key not only to our own salvation but also and most importantly that of the entire Christian Western World. Hence the need to prevent any breach in that front through which Communism might infiltrate; hence also our duty to do away with any possible disagreement among our nations and Spain as a result of ideological differences or transient circumstances.

Spain, morally supported by her descendant peoples, would be a decisive factor in the defense of the free world. If the traditional courage of that nation of heroes and conquistadores were not sufficient, there is her solid national unity, fully as advantageous as her strategic geographical position in the Mediterranean which enables her to present one front to the enemies of God and Christian civilization.

From the very lands that were brought into Christianity by Spain, from the very peoples to which she generously gave the treasure of her ancient civilization, have often come signs of ingratitude and inexcusable inconsideration against Spain.

It is often forgotten what it meant for Spain, in terms of effort and endless sacrifice, to carry out the huge task of bringing a whole continent into the Christian Faith, of planting the Cross throughout its vast jungles and fomenting moral and material progress, at a time when the discovery of America had just taken place and Spain had just finished, through the efforts of her Catholic King and Queen, the costly task of rebuilding its unity after eight hundred years of fighting against peoples of other races and faiths.

Even if we were to forget that debt of gratitude to the country that performed the miracle of laying the foundations of what today are the Spanish American nations, Spain, because of the greatness of her task, which is unparalleled in history, would still deserve our admiration and respect.

This incomparable nation which expanded the limits of the world during the Renaissance, the nation that brought to life in the pages of Don Quixote some of the most beautiful fiction in world literature, the nation that brought Christian civilization to America, was also the nation that enriched the spiritual heritage of mankind by creating international law, the magnificent legislation of the Indies —genesis of the social laws —and the philosophy of language, the nation that astonished

Europe by changing the method in theology and enlarging through Luis Vives the frontiers of the human mind.

The Spanish nation is sacred, then, and that is why I was filled with what amounted to an almost religious respect when I visited it and for the first time harkened to the murmur of its rivers and beheld the beauty of its skies and the imprint of time on the walls of its ancient temples.

But over and above all the emotions that seeing the land of his ancestors can awaken in a man from America, I was impressed by the utterly moving sight of the ravages, still there to be seen, that mark the passing of Communist vandalism through that great country. Before the grim spectacle of towns devastated and churches pillaged by the godless hordes, of mutilated religious images that still bear the imprint of abominable sacrilege, of the hatred with which everything that stood for reverence and respect there was trampled and violated, my thoughts turned to what the whole world would be like if it ever were engulfed by the vicious and savage forces of materialism.

It is hardly conceivable that some of Spain's own sons should have associated themselves with Moscow's Communism and its International Brigades in order to injure and wound their native land.

My faith in the destinies of Christian civilization, my confidence in the permanence of spiritual values and the attributes of reason and conscience, in a word, my faith in all that is represented by the twenty centuries elapsed since the advent of Christ,

has been strengthened after seeing with my own eyes in Spain what today's atheism is capable of doing. To fight such an enemy, which is armed with a diabolic power unprecedented in the history of the world, it is necessary that the nations of the free world employ not only all of their material resources but also every spiritual means capable of strengthening their awareness that history responds to a superior will which inexorably rules the course of world affairs.

The Concordat I had the honor to sign recently in Rome reflects not only my own convictions as a statesman who zealously guards the security and spiritual well-being of his people. That instrument, designed to strengthen the country's unity with regard to its religious tradition, is meant also as a contribution to the cause of the peoples who fight to prevent the forces of Communism from dominating the world. If every government in the Americas follows this example given by the Dominican Republic, and resolves to strengthen the Catholic Church through similar agreements, Communism will have no choice but to give up the conquest of our Christian society. There is nothing as powerful as the Faith. The peoples who commune with Christ and bathe themselves in the Christian truth, are peoples destined to survive forever.

In thanking Your Excellency the Mexican Ambassador on behalf of the President of the Republic and myself for this demonstration on the memorable occasion of the 144th anniversary of the Mexican Independence, I take pleasure in toasting to the increased prosperity of México, to His Excel-

lency President Ruiz Cortines, to your personal happiness and that of Her Excellency Señora Del Río Cañedo, as well as to the health and well-being of His Holiness Pope Pius XII, here represented by His Excellency the Apostolic Nuncio ,and to the happiness of all of the Chiefs of Mission gathered here who represent the principal nations of the free world.

Editora del Caribe, C. por A.
Ciudad Trujillo, D. S. D.
1954
